

# ENTRADA DEL NUEVO PÁRROCO

## (Parroquia de Ntra. Sra. de los Ángeles (Bercial)- Getafe

*“Os daré pastores según mi corazón!”(Jer.3,15).* Con estas palabras del profeta Jeremías Dios promete a su pueblo no dejarlo nunca privado de pastores que lo congreguen y lo guíen. La Iglesia, Pueblo de Dios, experimenta siempre el cumplimiento de este anuncio profético y con alegría, da continuamente gracias al Señor. Y sabe que ese cumplimiento se realiza en Jesucristo: *“Yo soy el Buen Pastor y conozco a mis ovejas y las mías me conocen a mi (...) y doy la vida por mis ovejas” (Jn.10,11 sig.);* y que su presencia sigue viva entre nosotros, por voluntad suya, en todos los lugares y en todas las épocas, por medio de los apóstoles y de sus sucesores. Sin sacerdotes la Iglesia no podría cumplir el mandato del Señor de anunciar el evangelio: *“Id y haced discípulos a todas las gentes” (Mt. Mt.28,19).* Ni podría renovar cada día, en el misterio eucarístico el sacrificio de su cuerpo entregado y de su sangre derramada para la vida del mundo.

La inauguración solmene del ministerio pastoral del nuevo párroco nos da la oportunidad, una vez más, de darle gracias al Señor, porque , en esta Parroquia de Ntra. Sra. de Ntra. Sra. de los Ángeles nunca ha faltado esa presencia de Jesucristo, como Buen Pastor, en los sacerdotes que, han ido ejerciendo aquí su servicio apostólico. Les recordamos a todos con gratitud. Pero muy especialmente recordamos a D. Eliseo, que dio ya el paso a la vida eterna, y estará recibiendo, sin duda, el premio prometido a todos los que cumplen la voluntad de Dios. Él fue el alma de esta Parroquia, desde su fundación, durante muchos años y por ella se desvivió hasta el último momento. Les recordamos ahora a todos con cariño y gratitud.

El nuevo párroco D. José María Mazarío, Párroco de la Parroquia de San Sebastián de Getafe y me consta que en este breve tiempo que lleva con vosotros está siendo recibido con mucha cordialidad y afecto por todos.

. Él viene a ahora, en el nombre del Señor, como párroco, para asumir, en nombre del obispo, la responsabilidad última en la animación pastoral de esta Parroquia. Le encomendamos, con mucha confianza, al Señor y a la Santísima Virgen, para que , por medio de él, se haga presente entre vosotros el amor de Cristo a su Iglesia. Y rezamos también para que esta comunidad parroquial, entienda bien, a la luz de la fe, lo que es propio del ministerio que hoy se le confía, le ayude en sus tareas apostólicas y, en

comuni3n con 3l y con su Obispo, realice la misi3n de ser sal de la tierra y luz del mundo entre las gentes de este barrio del Bercial que va creciendo por momentos de manera sorprendente.

Un primer deber del p3rroco es anunciar a todos el evangelio de Dios, cumpliendo as3 el mandato del Se1or: *"Id por todo el mundo y anunciad el evangelio a todos los hombres"* (Mc.16,15). Con su palabra y con el testimonio de su vida debe ayudar a todos a conocer a Jesucristo y a crecer en la fe. El p3rroco, como colaborador del Obispo, ha de cuidar la transmisi3n de la fe, garantizando la fidelidad al magisterio de la Iglesia en esta transmisi3n, tanto en la homil3a, como en la catequesis, como en cualquier otra forma de ense1anza, exhortando a todos a descubrir en Jesucristo el verdadero tesoro que llenar3 de alegr3a y de esperanza sus vidas. Y ha de tener un cuidado especial, como nos dice Jes3s en el evangelio, por los m3s d3biles en la fe, por los que viven experiencias de sufrimiento y dolor, por los enfermos y por los ni1os y los m3s peque1os, ayudando a los matrimonios cristianos en la educaci3n de la fe de sus hijos. La palabra del p3rroco no es una palabra m3s entre otras sino que, de una manera especial en determinados momentos, y particularmente en lo que se refiere a la doctrina cristiana, es la voz autorizada de la Iglesia que garantiza la correcta transmisi3n de la fe. *"Los sacerdotes, cuando con su conducta ejemplar entre los hombres los llevan a glorificar a Dios, o cuando ense1an la catequesis cristiana, o cuando explican las ense1anzas de la Iglesia, o cuando se dedican a estudiar los problemas actuales a la luz de Jesucristo, siempre ense1an no su propia sabidur3a, sino la palabra de Dios, e invitan insistentemente a todos a la conversi3n y a la santidad"* (PO. 4).

El sacerdote es tambi3n ministro de los sacramentos y de la Eucarist3a. Por el bautismo introducen a los hombres en el Pueblo de Dios, por el sacramento de la penitencia reconcilian a los pecadores con Dios y con la Iglesia, por la unci3n de los enfermos alivian a los que sufren la enfermedad y, sobre todo, por la celebraci3n de la Eucarist3a ofrecen el sacrificio de Cristo y hacen permanentemente presente entre nosotros el memorial de la cruz redentora de Cristo y de su gloriosa resurrecci3n. La Eucarist3a ha de ser el centro de la Parroquia y de una manera muy especial la Eucarist3a del domingo. En torno a la Eucarist3a, dec3a el Papa a los j3venes en Colonia hemos de construir comunidades vivas. Comunidades que vivan el mandamiento del amor, teniendo todos un mismo coraz3n; comunidades cristianas con capacidad de perd3n, con sensibilidad hacia las necesidades de los dem3s, comprometidas en su servicio al pr3jimo y siempre dispuestas a compartir sus bienes con los necesitados. Cuando el mandamiento del amor a los pobres se separa de la Eucarist3a corremos el

riesgo de convertirlo en pura demagogia. El alma de la Iglesia es el amor, con una especial predilección hacia los más pobres, Pero ese amor ha de tener siempre como fuente y alimento la Eucaristía. La Eucaristía nos empuja a un modo de vivir activo, dinámico y transformador. La Eucaristía es acción de gracias, alabanza, bendición y transformación a partir del Señor. *“La Eucaristía es el centro propulsor de toda la acción evangelizadora de la Iglesia, como lo es el corazón en el cuerpo humano. Las comunidades cristianas sin la celebración eucarística, en la que se alimentan con la doble mesa de la Palabra y del Cuerpo de Cristo, perderían su auténtica naturaleza; sólo en la medida en que son eucarísticas pueden transmitir a los hombres a Cristo, y no sólo ideas por muy nobles e importantes que sean”* (Benedicto XVI. 2/10/2005). No perdamos nunca el sentido del domingo como día de la Eucaristía, como día del Señor. El día en que Jesucristo, venciendo la muerte salió del sepulcro. El día de la nueva creación. La Eucaristía, nos dice el concilio, es la fuente y la cumbre de toda la evangelización. (PO.5)

Los presbíteros ejercen también la función de ser punto de encuentro de los diversos carismas y ministerios que pueda haber en la comunidad. Son centro de unidad y de comunión. Hacen presente a Jesucristo, Cabeza de la Iglesia, que da unidad y consistencia a todo el Cuerpo. Ellos convocan y reúnen, en nombre del Obispo a la familia de Dios, como una fraternidad con una sólo alma y la conducen a Dios Padre, por Cristo, en el Espíritu. La Parroquia es una comunidad muy diversa, que congrega personas con edades y mentalidades muy diferentes. Cada una con su propia historia personal, con sus penas y alegrías y con una gran variedad de ministerios y carismas. A todos debe llegar el sacerdote, como padre, hermano y amigo. Y, como educador de la fe, ha de procurar personalmente, o por medio de otros, que cada uno de aquellos que la Iglesia le confía, descubra su propia vocación y sea llevado por el Espíritu hacia la madurez de la vida cristiana que es la santidad.

Para conseguir todo esto, como también nos dice el concilio “debe portarse con ellos no según los gustos de los hombres, sino conforme a las exigencias de la enseñanza y de la vida cristiana”( P.O. 6). Y sabemos muy bien que en el mundo en que vivimos, con una mentalidad dominante, muy alejada de Dios y de los valores evangélicos, esto no es fácil; y, en muchos momentos, el sacerdote tendrá que decir cosas que no estén de moda y tendrá que ir contracorriente de un modo de pensar y de un modo de comportarse que, por muy habituales que sean, está produciendo verdaderos estragos en las familias y en el crecimiento moral y religioso de los niños y de los jóvenes. El sacerdote, como decía S. Pablo a su discípulo Timoteo, tiene la obligación de predicar el evangelio, insistiendo a tiempo

y a destiempo, corrigiendo, reprendiendo y exhortando con toda paciencia y doctrina. (Cf.Tim.4,2) . Y no le faltará la gracia de Dios para realizarlo.

Aunque el sacerdote se debe a todos, sin embargo, nunca debe olvidar, que, como representante de Jesucristo Buen Pastor, ha de tratar con especial predilección a los pobres y a los más débiles. Y hay muchas formas de pobreza. Está la pobreza material de los que no tienen lo necesario para vivir. A ellos hay que atenderlos directamente o través de los servicios de Cáritas. Pero está también la pobreza espiritual de quienes han vivido o viven momentos de especial sufrimiento, en la enfermedad , en el desamparo afectivo, en el desarraigo por causa de la emigración o en la soledad. Y está finalmente la más radical de las pobrezas, que es la pobreza del que vive alejado de Dios, la pobreza del pecado. Hemos de tener un gran deseo de llegar a todos. Y hemos de procurar por todos los medios, con la ayuda del Señor, hacer llegar la luz de la fe a los que no conocen al Señor. La Parroquia ha de ser un comunidad misionera, que busque como el Señor a tantas ovejas perdidas y a tantos hijos pródigos como hay por el mundo y les muestre en Jesucristo el camino de la verdadera felicidad.

Dentro de un momento el Párroco renovará ante mi sus promesas sacerdotales y después le iré haciendo entrega de las diversas sedes en las que ejercerá su ministerio. Le entregaré la sede presidencial, desde la que predicará la Palabra de Dios, presidirá la Eucaristía y guiará, con el espíritu del Buen Pastor, a esta comunidad cristiana que la Iglesia le confía. Le haré entrega después de la pila bautismal en la que por el agua y el Espíritu, en el sacramento del bautismo, incorporará nuevos miembros a la Iglesia. Y le entregaré la sede penitencial en la que, por el sacramento de la reconciliación, hará llegar, por su ministerio, a todos los con un corazón arrepentido confiesen personalmente sus pecados, la gracia infinita de la misericordia divina. Después de la comunión le haré entrega de la llave del sagrario, pidiéndole que cuide con mucho respeto este lugar santo y con una luz, siempre encendida, indique a los fieles, la presencia del Señor, para que vengan aquí a orar y que lleve la sagrada comunión a todos aquellos que por estar enfermos o impedidos no hayan podido venir a la celebración de la Eucaristía.

La lecturas de hoy nos ofrecen la imagen del banquete para hablarnos de la salvación que el Señor quiere regalar a todos los que le siguen con un corazón sincero. *“Preparará el Señor de los Ejércitos para todos los pueblos en este monte, un festín de manjares succulentos (...) Aniquilará la muerte para siempre. El Señor Dios enjugará las lágrimas de todos los rostros (...) Celebremos y gocemos con la salvación”* (Is. 23,6-

10). La Promesa del profeta se ha cumplido en Jesús. Y su Iglesia santa es el lugar donde el Señor nos ofrece permanentemente los manjares necesarios para nuestra salvación. En la Iglesia el Señor nos ofrece el banquete de la Palabra y el banquete de la Eucaristía y nos invita a vivir el mandamiento nuevo del amor.

No seamos como aquellos invitados arrogantes y soberbios que desprecian la invitación por razones insignificantes. Acerquémonos con gratitud a recibir de Dios el alimento que salva nuestras vidas y la orienta hacia el bien y las llena de felicidad y de paz. Y no sólo eso. Como mensajeros del Dios de la misericordia, escuchemos la voz del Señor que nos dice: *“Id ahora a los cruces de los caminos, y a todos los que encontréis, convidadlos ala boda”*. La Parroquia tiene que ser en este barrio “luz del mundo y sal de la Tierra”. Hay muchas personas aparentemente alejados de Dios que en el fondo están deseando que alguien se acerque a ellos y con el testimonio de su palabra y de su vida les anime a acercarse a este banquete de amor y salvación, que en su Iglesia, el Señor nos regala cada día.

Ponemos nuestra mirada en la Virgen María. Que Ella nos proteja constantemente con su amor maternal y sea para nosotros el modelo de una vida entregada a la voluntad de Dios y el signo de una Iglesia que, unida a su Señor, proclama en el mundo las maravillas de Dios.